

Tomo I.

EDICIONES SELECTAS

Núm. 2

AMERICA

CUADERNOS  
MENSUALES =

DE LETRAS  
Y CIENCIAS =

*José Ingenieros*



# LA MORAL DE ULISES

II EDICIÓN

DIRECCIÓN:  
Avda. MONTES DE OCA, 1700  
BUENOS AIRES

1919

## A LOS LECTORES

### NUESTRO TRIUNFO

El entusiasmo y optimismo nuestro ha encontrado eco en el público lector de la Argentina y de las repúblicas vecinas. Nuestra primera edición ha tenido un éxito tal que hizo sobrepasar nuestros cálculos considerados por algunos como demasiado líricos.

Este triunfo moral nos induce a seguir adelante con el mismo entusiasmo y con el mismo optimismo. Seguros estamos que si persistimos en cumplir nuestros propósitos enunciados en el cuaderno anterior, muy pronto nos impondremos definitivamente, por que el público intelectual y amante de la verdad y de la belleza sabe distinguir nuestra publicación que, repetimos, no tiene otro propósito que vincular los obreros espirituales de la Argentina y de las repúblicas hermanas

AMÉRICA no es bajo ningún concepto una empresa comercial.

---

### Colaboradores espontáneos

Colaboradores espontáneos necesitamos y muchos. No tus ensayos, adolescente amigo, si no tus entusiasmos. Guarda tus ensayos, ellos servirán para tu aprendizaje y para justificar tu futura obra madura. Colabora espontáneamente en nuestra obra de difusión intelectual consiguiéndonos por lo menos un suscriptor. Difundir las bellas letras es sembrar Amor, Verdad y Belleza.

EDICIONES SELECTAS

AMERICA

CUADERNOS  
MENSUALES =

POESÍAS  
Y CIENCIAS =

*JOSÉ INGENIEROS*

LA MORAL DE ULISES

DIRECTOR:

SAMUEL GLUSBERG

BUENOS AIRES

1919

## JOSÉ INGENIEROS

Él mismo lo afirma. No es un inspirado sino un estudioso.

Su labor científica en tal sentido es amplia y profunda. Sus numerosos libros tienen muchos lectores en el país y en el exterior.

Amigo decidido de todas las cosas buenas y bellas, el Dr. Ingenieros respondió enseguida a nuestra solicitud preparándonos con dedicación este trabajo que nuestros lectores sabrán valorar como merece.

*La moral de Ulises* pertenece a la serie de conferencias que el Dr. Ingenieros pronunció, en 1910, en la Facultad de Filosofía y Letras; ha sido redactada especialmente para nuestra publicación y forma parte de sus estudios sobre la *psicología de los caracteres humanos*.

De Ingenieros podría decirse y con justicia, por la belleza y corrección de sus escritos, que sabe reunir, como Taine, las cualidades del sabio u la delicadeza del artista.



Los hombres de carácter falso tienen horror a la verdad; aborrecen al que la investiga y la enseña, al que la respeta en el presente y al que la transmite en ideales para el porvenir. Impregnar de verdad la conducta, es toda la moral; y ésta sólo es efectiva en los que viven moralmente.

Lothrop Sturges



## **LA MORAL DE ULISES**



## I-LA FALSEDAD EN LA CONDUCTA

Digo que la verdad en la conducta es más necesaria que la verdad en la palabra; en ello consiste la Sinceridad. Si hablar mintiendo es una avilantez, obrar con falsedad es una ignominia. El que parlotea de virtudes que no practica es un traidor de la confianza ajena; en ello consiste el Fraude. Son los dos polos de la moral individual.

Los hombres de carácter falso tienen horror a la verdad; aborrecen al que la investiga y la enseña, al que la respeta en el presente y al que la transmuta en ideales para el porvenir. Impregnar de verdad la conducta, es toda la Moral; y ésta sólo es efectiva en los que viven moralmente: hombres libres, ciudadanos indomesticables, amigos leales, hijos consecuentes, tiernos padres, los que nunca olvidan su Deber ni renuncian a su Dignidad, los que no oliscan al poderoso ni oprimen al débil, los que aman la verdad y no la tuercen por viles conveniencias, los que honran a su patria sin vivir de ella. Los sinceros, como el pelídeo Aquiles.

Admiran al laercio Ulises, en cambio, todos los que acostumbran vivir de la mentira, de la hipocresía, de la

simulación: del Fraude en sus mil formas. Temen al hombre sincero: ¿cómo le perdonarían el privilegio de ser libre, de hablar sin reticencias, de vivir sin engañar? ¿Las virtudes no son, acaso, un violento reproche a los que carecen de ellas? Donde la moral de los más está falseada, el valor de los caracteres se tasa con moneda falsa; usar llave parece una irreverencia donde se acostumbra violar puertas con ganzúa.

Sólo es útil a su sociedad el que se aparta del fraude que le rodea, renunciando a beneficiarse de él. Este es el sentido profundo del Cristo primitivo, cuya personalidad legendaria aparece en la historia de la ética como un símbolo de rebeldía contra el farisaísmo de los hipócritas y de los fraudulentos. "El mérito del bien está en hacerlo, aunque no sea comprendido, ni estimado, ni agradecido; vivamos la Moral, es lo que hace falta", dijo el filósofo. Sólo después de vivirla adquieren los hombres el derecho de predicarla. La única recompensa de la sabiduría y de la sinceridad es la autoridad moral; puede medirse por el eco de la palabra, que llega a todas partes, tanto donde lo temen como donde lo esperan.

\* \* \*

Grecia tuvo eminentes moralistas; los conocéis. Pero la moralidad práctica de los griegos nunca se elevó hasta el nivel de sus teorizadores; mientras Sócrates bebía la cicuta, el héroe más loado de Grecia seguía siendo el arquetipo de los bribones afortunados.

Habéis leído en los poemas homéricos dos bosquejos de caracteres humanos, típicos ambos, que definen de manera inequívoca las actitudes fundamentales frente a la lucha por la vida. Más grato el uno a Marte; más, el otro, a Minerva. Aquiles fiero y hosco, recto como su lanza, hazañero y valiente; es todo corazón y acaba por llorar como un niño cuando Priamo le reclama el cadáver de Héctor (*Iliada*, lib. XXIV). Ulises, vulpino y fullero, de intención oblicua y embozada audacia; es

todo cabeza y en la corte de Alcinoos, donde la enamorada Nausica le recibe con ingenua gracia para borrar las capciosas seducciones de Calipso, cuenta con jactancia sus aventuras, no siempre honrosas (*Odisea*, libro IX a XIII).

De tanta gloria cubrieron los poemas a Ulises, que la posteridad no se ha detenido a analizar el juicio del poeta que a cada instante le llama "divino". ¿Merece tal nombre el héroe que hizo del fraude su norma habitual de conducta, usando de la mentira y de la simulación con fines frecuentemente inmorales? ¿Puede su agudeza de ingenio hacer olvidar la ausencia de sentido moral que en ocasiones propicias mostró el hijo de Laertes?

Adviértase que, a pesar de llamarle "divino", el poeta no oculta ciertas cualidades vergonzosas del héroe, que son vicios ante cualquiera moral teórica. En veces alaba su prontitud para salvar los obstáculos y vencer las dificultades, que no es inmoralidad mientras se aplica a fines que no ofenden ni dañan; así cuando Néstor dice a Telémaco: "ningún jefe se atrevía a competir en astucia con tu padre, pues a todos vencía Ulises por su ingeniosa inventiva" (*Odisea*, lib. III). Pero otras alude a sus fraudes, como cuando Alcinoos, rey de los Feacios, le dice palabras que ofenderían a un hombre virtuoso y que el héroe escucha con regocijo; mientras narra su visita al infierno, el rey le interrumpe: "Al verte, Ulises, no sospechamos descubrir en tí a un falaz impostor e inesperado artífice de altas mentiras, como tantos ruedan por el mundo" (*Odisea*, lib. XI). El laercio no se ofendió; como una alabanza escuchó lo que hubiera indignado al pelídeo.

La vida entera del "divino" está entretejida de embustes y picardías; es el arquetipo de una estirpe innumerable de caracteres que oponen la duplicidad a la derechez, la falsía a la verdad, el disimulo a la franqueza, la estrategia al valor, prefiriendo las vías torcidas a las sendas rectas.

Ulises no es un caso aislado. El examen de su personalidad tiene un interés más grande para la psicología y la ética que para la simple crítica literaria. Es un tipo representativo, psicológicamente; es un término de comparación, para la moral social. ¿El fraude sería posible si la justicia reinara entre los pueblos y la solidaridad entre los individuos? La pregunta es perturbadora. La vida en sociedad, tal como la conocemos, empuja a la mentira, al engaño, a la hipocresía: la injusticia y el antagonismo son las fuentes más copiosas del fraude. La máscara sirve al hombre para defenderse de sus semejantes; la sinceridad resulta una flaqueza entre enemigos y la astucia aparece como una fuerza protectora de la propia debilidad.

Inmensa es la cohorte de caracteres falsos: *la progenie de Ulises*. En algunos la falsedad es nativa, producto de seculares herencias que perpetúan, de padres a hijos, el hábito del fraude: en otros la mentira y el engaño son el resultado de la domesticación social, que obliga a fingir por el simple hecho de estar rodeado de hipócritas y mistificadores. "Se es falso de diferentes maneras, decía ya La Rochefoucauld; hay hombres falsos que quieren siempre parecer lo que no son; otros hay, de más buena fe, que han nacido falsos y se engañan a sí mismos, no viendo nunca las cosas como ellas son. Los hay cuyo juicio es recto, pero tienen inclinación a la falsía; otros poseen falseado el juicio, aunque son justas sus inclinaciones; y algunos, por fin, nada falso tienen en su juicio ni en sus inclinaciones. Estos últimos son muy raros, pues, en general, casi no hay persona que no tenga algo falseado en un rincón de su juicio o de sus inclinaciones" (*Réflexions diverses*, XIII). Aquiles es la excepción, Ulises, la regla. Y la moral que consiente o alaba el fraude entre los hombres, no es más que inmoralidad disfrazada, hipocresía convencional, descenso de la dignidad de cada uno hasta el nivel del abellacamiento de los demás.

Por grande que sea su ingenio, los vicios de Ulises son graves; pero lo es mucho más la complicidad colectiva, verdadera atmósfera nefítica que permite deno-

minar "divino" al que medra de mentir y engañar. Esa sentencia es moralmente inadmisibile. La moralidad es tan importante como la inteligencia en la composición global del carácter; los más grandes espíritus son los que asocian las luces del intelecto con las magnificencias del corazón. Subordinar la moralidad a la inteligencia es un renunciamiento a toda virtud; el más ingenioso de los hombres es despreciable si no pone su ingenio al servicio del bien.

Pero, no lo olvidemos, las culpas del individuo son, en gran parte, imputables a la sociedad. Ulises engaña por que en su medio social el fraude es admirado. El convencionalismo ético proscribela sinceridad y la adaptación para el éxito lleva a sacrificarla al fraude; desde la cuna hasta la tumba la sociedad gravita sobre el hombre para medicerizarlo, cohibiendo todas sus impulsiones leales, domesticándolo, enseñándole a mentir, a fingir, a engañar. Pues eso, y no otra cosa, es la educación de las buenas maneras, no siempre coincidentes con las buenas costumbres.

\* \* \*

"Omnis homo mendax", dice el *Libro de los Salmos*. Mentira en la palabra, simulación en la conducta, hipocresía en el trato, revelan una misma actitud mental del hombre frente a sus semejantes: la astucia. Es la antítesis de la violencia, aunque tan eficaz como ella en la lucha por la vida; y por eso, prescindiendo de todo juicio de valor moral, la admiraban los griegos. ¿No daban, acaso, ejemplo los propios dioses? Júpiter, prendado de la bella Europa, no había vacilado en metamorfosearse en toro para seducirla y consumir el rapto clásico, fugando a través de las olas cuando ella, confiada, saltó a su lomo. Aristófanes, en *Los Caballeros* y en *Las Tesmoforias*, creó dos tipos humanísimos de simuladores fraudulentos. Cleón y Eurípides. Y no sorprende que el analista de *Los Caracteres*, Teofrasto, des-

cribiera en primer término la disimulación, en una página aguda y expresiva.

La astucia y el fraude, tan difundidos en la vida real, ocuparon en todo tiempo la reflexión de los poetas y de los filósofos. Buena parte de las *Metamorfosis* de Ovidio narran fraudes y simulaciones útiles, no desdeñadas por dioses y por héroes: Gracián señala la universalidad y omnipotencia del Engaño entre los hombres y se pregunta: “¿Quién es este monstruo coronado? ¿Quién este espantoso rey?”

“Este es aquel tan nombrado y tan desconocido de todos, aquel cuyo es todo el mundo por sola una cosa que le falta. Este es aquel que todos platican y le tratan y ninguno le querría en su casa, sino en la ajena. Este es aquel gran cazador, con una red tan universal, que enreda todo el mundo. Este es el señor de la mitad del año primero y de la otra mitad después. Este el poderoso entre los necios, juez a quien tantos apelan, condenándose. Este aquel príncipe universal de todos, no sólo hombres, pero de las aves, de los peces y de las fieras. Este es, finalmente, el tan famoso, el tan sonado, el tan común Engaño”. Su madre es la Mentira, que al descubrirse parece que cojea, y por eso la alcanzan luego. “Aquella es la Ignorancia su abuela, la otra su esposa la Malicia, la Necedad su hermana. Aquellos otros, sus hijos y sus hijas, los Males, las Desdichas, el Pesar, la Vergüenza, el Arrepentimiento, la Perdición, la Confusión y el Desprecio. Todos aquellos, que le están al lado, son sus hermanos y primos, el Embuste, el Embeleco y el Enredo, grandes hijos deste siglo y desta era”. (*El Criticón*, Crisi VIII).

Aparece, en estas palabras, el concepto moral del fraude, no bien perceptible en la admiración que los griegos sentían por la astucia. Es seguro que un hombre satisfecho de ser considerado astuto, sentiríase ofendido si se le tuviera por fraudulento. ¿Porqué? La astucia es una aptitud psicológica; el fraude importa una calificación moral. El fraude es siempre astuto, pero hay astucias sin fraude. Este sólo aparece cuando

la astucia es inmoral, es decir, cuando viola los límites impuestos por la sociedad a la conducta de cada individuo.

En la vida corriente, la mayoría de los hombres suele violar ese límite: la sociedad misma impele a ello y el consentimiento de los más implica una verdadera complicidad con las inmoralidades de cada uno; la tolerancia del mal permite que la astucia se convierta en fraude, en proporciones que comprometen la felicidad humana. Así lo juzgó Dante, reservando a los fraudulentos la segunda mitad de su Infierno. El fraude aparece bajo forma de monstruo pavoroso: "Ecco la fiera con la coda aguzza — che passa i monti e rompe mura ed armi; — ecco colei che tutto il mondo appuzza", (*Infierno*, Canto XVII). Con esas palabras señala Virgilio su presencia, indicando a la fiera que se acerque: "E quella sozza imagine di froda, — sen venne ed arrivò la testa e il busto"; acostumbrada a la falsedad, no osaba confiarse: "Ma in sulla riva non trasse la coda". Para engañar mejor, era su rostro máscara de virtud: "La faccia sua era faccia d'uom giusto; — tanto benigna avea di fuor la pelle, — e d'un serpente tutto l'altro fusto". Y la piel del cuerpo, multicolor y varía, parecíase a la del camaleón, inestable como sus intenciones.

No en vano, releiendo esa parte del poema dantesco, buscamos entre los fraudulentos, al "divino" Ulises arquetipo clásico de todos los simuladores. Y sorprendería la ausencia, por cuanto el viaje de Dante al Infierno está inspirado por el análogo de Ulises al reino de Plutón, siendo la *Comedia* hermana de la *Eneida* y ambas hijas, sin tercera, de la *Odisea*. El laercio no es, en efecto, un simple astuto: es un fraudulento. Miente, engaña y simula con fines vergonzosos, y se vanagloria de ello; es, con frecuencia, un tráfuga de la moral. Algunas veces un delincuente.

## II - EL "DIVINO" ULISES

Nació del fraude, Ulises; predestinado estaba antes de ver la luz. Un hijo de Eolo que reinó en Corinto, Sísifo, gozaba de triste fama por sus innumerables fullerías: un vecino suyo, admirando sus trisecas e imposturas, quiso hacerle su yerno y le dió en esposa su hija Anticlea. Después de concebir en ella, vendióla Sísifo a Laertes, rey de Itaca, que así fué padre del hijo ageno. Lo afirman los escoliastas; y se lo enrostran al mismo Ulises, Filoctetes en el drama de Sófocles y Ajax en el diálogo que a entrambos atribuye Ovidio.

Mientras Ulises se limita a ser astuto — aplicando su ingenio al mayor beneficio propio o de su patria, sin traicionar la confianza de terceros — no es inmoral. En esos casos resulta siempre simpático, interesante con frecuencia, alguna veces admirable. Basta leer su ingeniosa estratagema en la lucha contra el gigante Polifemo (*Odisea*, lib. IX), que es, por otra parte, uno de los episodios más emocionantes del segundo poema. Todos admiramos la astucia, ¿por qué coincidimos, sin embargo, en detestar el fraude? Hay una diferencia; la astucia puede ser moral, como cuando nos salva de un peligro, pero el fraude es siempre inmoral. En el episodio de Polifemo, obra Ulises moralmente, como hombre y como griego; su acto salva su propia vida y la de sus compañeros, amenazados por el cíclope.

¿Podría, acaso, juzgarse inmoral su astuta inven-

ción del caballo troyano? Es un ardid de guerra, concebido para servir a su patria y para vencer a sus enemigos. Engaño es, ciertamente; pero engaño lícito, de esos que el arte de la guerra consiente, constituyendo en particular la estratagema y en general la estrategia. La moral de la guerra no la condena; las partes contendientes han convenido tácitamente, de antemano, que cada una tiene el derecho de engañar a la adversaria y de aprovechar los beneficios del engaño.

\* \* \*

• Pero la astucia de Ulises no es siempre bien intencionada; suele abusar de su ingenio con fines indignos y muchas veces resulta fementido, traidor, desleal. Se inicia en la vida pública simulando la locura y es su caso, a no dudarlo, el más clásico entre todos los de su género; así desde el comienzo de la guerra de Troya, revela su inclinación al fraude, con un acto desdorado que no escapó a sus rápsodas menores. No tenía dos años de casado con Penélope, hija de Icaro, cuando todos los griegos se aprestaron al rescate de Helena; mientras ardían los corazones por secundar la venganza de Menelao, Ulises intentó eludir el servicio militar, para no separarse de su joven esposa. Después de inventar mil supercherías que hubieran avergonzado al valeroso Aquiles o al impetuoso Ajax, no vaciló en simular la locura; atalajó a un arado un caballo y un buey, poniéndose a arar las arenas del mar y sembrando sal en vez de trigo (Cicerón, *De Officiis*, capítulo XXIV; etc.); fué necesario el perspicaz ingenio de Pelamedes para sospechar el fraude, que descubrió colocando a Telémaco, el hijo del simulador, en la misma línea del surco: Ulises desvió su arado para no herirle, y descubierta la picardía se vió forzado a incorporarse a las huestes de Agamenón. Así se lo reprochan Ajax (Ovidio, *Metamorfosis*, lib. XIII, y Filoctetes (Sofócles, *Filoctetes*, Esc. IV). Agreguemos que Parrasio pintó un cuadro sobre la simulación de la locura por

Ulises, según refiere Plutarco en uno de sus escritos morales (*De audiendis poctis*, 3).

Si fuera única, podría argüirse que esa farsa era producto de su mucho amor; pero, lejos de eso, aparece como la primera de una serie interminable y complicada por otros vicios que agravan la falsedad de su carácter. Era Ulises vengativo y sin escrúpulos. De Pelamedes, que descubriera su anterior tramoya, juró vengarse, sin reparar en los medios; no vaciló en acusarle de traidor a la causa de los griegos, mostrando un tesoro que él mismo puso de antemano en su tienda — según la tradición adoptada por Ovidio — o arrojándole al mar, en complicidad con Diomedes, un día que le sorprendió pescando — según la versión que Pausanias recogió de las “*Cipriacas*” (Libro X, cap. I).

Durante el viaje cometió otra perversidad, la más grave para el ejército. Por consejo suyo, Filoctetes fué pérfidamente abandonado en Lemnos, mientras dormía, por tener en el pie una herida infecta. La iniquidad costó a los griegos nueve años de guerra, pues ésta no podía terminar sin el concurso de ciertas flechas que Hércules había legado a Filoctetes. Olvidando su felonía, fué el mismo Ulises en su busca, acompañado por el sincero y leal Neoptolemo, digno hijo de Aquiles. Sófocles presenta en su tragedia la lucha entre el uno, politiquero hasta la desvergüenza, y el otro, sincero hasta la ingenuidad, la escena primera es un diálogo sobre el valor del fraude y la utilidad del engaño; en ella Ulises revela toda la doblez de su corazón, toda la deslealtad de sus procedimientos. Bastan cuatro frases para definir su personalidad.

Ulises ordena a Neoptolemo: “—Con hábiles palabras debéis engañar y seducir el corazón de Filoctetes... yo sé que la naturaleza no os hizo para mentir ni para tramar tales imposturas; pero ellas son el precio del éxito”.

Y el otro: “—Hijo de Laertes, no me gusta hacer lo que repruebo en otros. El cielo no me engendró, como tampoco a Aquiles, mi padre, para emplear medios indignos. Estoy pronto para llevar al rey por la fuerza,

más no por el fraude... Enviado aquí para acompañaros en la empresa, avergonzaríame de merecer el nombre de traidor. Prefiero conducirme bien y salir mal de ella, a obtener una victoria vergonzosa”.

“—...En mi juventud he sido, como vos, lento para discurrir y pronto para ejecutar; mi experiencia me enseña que el brazo no conduce a los hombres, sino la lengua”.

“—¿Pretendéis, entonces, que cargue sobre mí una mentira?”

“—Quiero que uséis el fraude para apoderaros de Filoctetes”.

“—¿Por qué la mentira, y no la persuasión?...

No consideráis como una vergüenza el proferir una mentira?”

“—No, si la mentira puede salvarnos”.

“—¿Cómo? ¿Hay un hombre en la tierra que se atreva a hablar de esa manera?”

“—Cuando una acción es ventajosa, no hay que vacilar”.

Ulises, encarnación sombría de la inmoralidad existista, vence al fin a Neoptolemo, que representa el ideal moral vencido por la conveniencia del momento; y así se deciden “a obrar, sobreponiéndose a toda vergüenza”. (Sófocles; *Filoctetes*, Acto I, Esc. I). La víctima resiste a la persuasión del uno y a la violencia del otro; no entrega las armas. Pero al fin, aprovechando que le dá un ataque de su mal, se las roban cuando no puede defenderlas. Neoptolemo, de fondo leal y sincero, se arrepiente en seguida “de haber abusado de un héroe mediante una vergonzosa y cobarde estratagema” y le devuelve las armas; Ulises vuélvese airado contra ambos, mientras Neoptolemo procura en vano decidir a Filoctetes. Este cede, al fin, cuando Hércules baja del cielo y le indica que ese es su deber, anunciándole que grandes bienes le esperan en lo sucesivo.

Otros actos suyos indignan al juez más tolerante, porque la impiedad se une a la cobardía. Cuando Júpiter, con formales amenazas, prohibió que los Dioses tomaran parte en la guerra, los troyanos tuvieron una buena jornada. En cierto momento fugaron los jefes griegos, quedando sólo el viejo Néstor, a merced de sus enemigos. Sobre él vino el troyano Héctor, y a punto estuvo de matarle. Néstor pidió auxilio; Ulises, que estaba próximo, fingió no oírle y huyó cobardemente, refugiándose en las naves, sordo a las imprecaciones de su compañero. Hubiera éste perecido si no acude Diomedes y le recoge en su carro, a la vez que ataja el de Héctor, su perseguidor, matando de una lanzada a su auriga Eniopeyo (*Iliada*, Lib. VIII).

¿Cuál héroe, de aquéllos, habría resistido la vergüenza de tanta cobardía? ¿Cuál, habría osado mirar de frente a Diomedes, testigo de su infamia? Ulises, sin embargo, no parece afectarse. A poco realiza con el mismo Diomedes, la traidora matanza de los Tracios, mientras dormían, y roba los corceles de Reso, sin perdonar la vida al propio espía que le reveló su secreto bajo promesa de que respetaría su vida (*Iliada*, Libro X).

Los más de estos actos son oblicuos, prefiriendo al valor el fraude. Con artimañas alevos obtiene resultados que Aquiles desdeñaría por esos medios, como el rapto de Heleno, hijo de Priamo. Nada le aparta de su conducta; no siente remordimientos. Valor le sobra, porque cien veces lo demuestra; pero prefiere mentir y engañar, con la palabra, con el gesto. Su contextura moral no varía a través de cien vicisitudes y cree justificar el fraude por la astucia cuando dice: "Siempre me dieron fuerza, entre las armas y la astucia, Marte y Minerva". No distingue entre la astucia honesta y el delictuoso fraude; para él todo es ingenio, tanto el que respeta la moral como el que la viola.

Minerva le protege, es cierto, pero no deja de reprocharle su inmoralidad. Cuando Ulises llega a Itaca, su protectora se le presenta bajo las formas de un gentil pastor y le dice que está ya en su patria; el laercio da

rienda suelta a su imaginación enfermiza, le miente aventuras y proezas capaces de asombrar tontos y pasar villanos, hasta que la diosa se descubre y le amonesta con palabras decisivas: "Único sería quien te aventajase en el arte de engañar, y aún entre los dioses sería sagáz. Bribón, desventurado, insaciable de fraudes, ¿ni siquiera en tu patria das fin a estos falaces embustes a que muestras afición desde la cuna?" (*Odissea*, lib. XII). Y, a pesar de todo, como si quisiera darle gusto una vez más, decide la Diosa tocarlo con su mágica vara para que entre a su tierra disfrazado de viejo mendigo. ¡Disfrazado! De cuerpo como de espíritu, siempre disfrazado. Así vuelve de la guerra famosa el "divino" Ulises que simuló la locura para no ir a ella.

A pesar de los episodios referidos, y de cien que por brevedad es fuerza omitir, no es posible negar que del conjunto de los poemas homéricos la personalidad de Ulises emerge tan magnífica como la del propio Aquiles, equivalentes ambas en la gloria y en el heroísmo. Hay un detalle que indirectamente establece la igualdad de sus méritos: son iguales las calumnias que contra ellos siembra la Envidia, encarnada en el siniestro Tersites, "tuerto y cojo, giboso del pecho, la cabeza en punta y cubierto de escaso pelámen" (*Iliada*, Lib. II). No es por accidente que los cantares homéricos, reunidos por Pisístrato, juzgan excelsa la gloria del laercio: era esa la voz del pueblo, voz de los dioses en este caso, a no dudar.

\* \* \*

Recuérdese el fallo memorable que pronunciaron los jefes y el pueblo griego para adjudicar al mejor de los héroes las armas de Aquiles, muerto. Las formas del juicio fueron solemnes. Se escuchó la palabra de Ajax, llena de altiva rudeza, y la de Ulises, convincente y sugestiva. El telamónio acusó de falsedad reiterada al laercio; éste, al otro, de temeraria imprudencia. Así

nos transmite Ovidio la heroica reyerta, en términos emocionantes. (*Metamórfosis*, lib. XIII).

Ulises habla con arrullos de sirena y presenta como virtudes sus cualidades, las malas tanto o más que las buenas.

Ajax rehuye los circunloquios hipócritas y en pocas frases, que parecen puñaladas mortales, hace sangrar la gloria del pícaro: "él, que no se sonroja de haber huído ante los fuegos con que Héctor amenazaba a nuestra escuadra, mientras yo luchaba sólo, y yo sólo evité el incendio! ¿Cultivar una engañadora elocuencia es preferible, entonces a combatir espada en mano?..."

"Cuente Ulises sus proezas, cumplidas lejos de todas las miradas y de que sólo la noche fué testigo"... "El premio que disputamos es grande, lo reconozco; pero tal adversario rebaja su valor: por honroso que aquél sea, Ajax no sabría ya enorgullecerse de haberlo obtenido, ahora que Ulises se ha atrevido a muñequarlo"...

"Pero tú, salido de la sangre de Sísifo; tú, su fiel imagen por tus pillerías y tus artificios..." Y termina: "¿Qué haría Ulises (con esas armas) acostumbrado a combatir en las tinieblas y sin armas, hábil solamente para engañar a un enemigo desprevenido? El brillo de ese casco resplandeciente de oro traicionaría sus picardías y sus fugas, aun en los escondrijos en que le gusta ocultarse... y ese escudo estaría mal en su mano tímida, ejercitada hasta aquí en raterías... La fuga, en que descuellas, te sería más difícil cuando cargaras esas armas..." Y dirigiéndose a los jueces: "¿Para qué más palabras? Que se pronuncien los hechos. Arrojad entre enemigos las armas del héroe; ordenad que vayamos a buscarlas y discernidlas al que vuelva con ellas". La habilidad retórica del laercio decidió, sin embargo, el fallo de los jueces, poco sensibles a la viril sinceridad del telamónio.

No se advirtió que Ulises obraba indignamente disputando las armas gloriosas. Se olvidaba que en ocasión cual pocas memorable, Áyax había salvado al otro la vida, con riesgo de la propia. El episodio ocurrió en una batalla cuya descripción es la más animada de cuantas análogas se han escrito. Ulises acaba de matar a Caropo, cuyo hermano, Soco, acude al lugar del hecho e increpa al laercio: “Infatigable y famoso artífice de fraudes...”; Soco hiere a Ulises, pero éste, al alejarse su heridor, le mata. Caen sobre el griego las falanges troyanas y Ulises se decide a morir, rodeado de enemigos; Áyax acude y le salva la vida, dando muestras de un valor capaz de asombrar al Olimpo, sólo comparable al que Héctor revela en otro sector de la batalla (*Iliada*, libro XI).

Ulises — que en situación análoga abandonara a Néstor — olvida el heroísmo de su salvador, le disputa el premio con su elocuencia, se lo roba. Se lo roba, porque sabe que su rival lo merece. Ante el cadáver de Áyax, después de su suicidio, la verdad estalla en sus labios; no vacila en defenderle de Agamenón con estas palabras: “No le haré la injusticia de callar que era, después de Aquiles, el más valiente de todos los griegos” (Sófocles: *Ayax*, Acto V, Esc. II). ¿Espíritu de justicia? ¿Simulación de generosidad con el muerto? Las dos cosas son posibles en un carácter como el suyo.

Sabía Ulises que Áyax no le perdonaba; poco antes habíale escuchado mientras decía de él a Minerva: “¿Quién? Ese zorro astuto, digno del último suplicio?” (*Idem*, Act. I, Esc. II). Y más tarde pudo comprobar que Áyax, tan inflexible como sincero, no le perdonaba ni aún después de muerto. Cuando bajó al infierno y le encontró junto a los magnos héroes, Ulises le dirigió la palabra, suponiendo que lograría ablandarle con frases lisonjeras; Áyax, severo, nada le contestó, se alejó de él... (*Odisea*, lib. XI).

¿El fallo que puso en manos de Ulises las armas del mejor héroe fué injusto? Podría dudarse de ello si no fuera evidente la inmoralidad de preferir al héroe leal el héroe trapisondista. Es seguro que en otros siglos

hubiéranse pronunciado diversamente un Aristides o un Sócrates; pero el ejército convertido en tribunal sólo tuvo en cuenta la utilidad inmediata de los fraudes de Ulises. Le premiaron porque se ajustaba a la baja moral pragmática del éxito, sin discutir si éste era compatible con una idealidad moral. Así, no sospechándolo, se anticipaban los griegos a practicar la inmoralidad de los políticos, que al fin encontraría su teórico en Maquiavelo.

### III - DEL FRAUDE A LA SINCERIDAD

Por no distinguir la astucia del fraude ha fluctuado su calificación en todos los tiempos. La una es equivalente de la "agudeza de ingenio", eximio atributo psicológico; el otro implica "falsedad de carácter", aborrecible vicio de la personalidad moral. Confundiéndolos, la sociedad se ha inclinado a aplaudir el fraude por lo que tiene de astucia y vano ha sido el esfuerzo de los moralistas por oponerle la sinceridad. Al tiempo que Teofrasto condenaba los caracteres disimuladores, la opinión general seguía admirándolos. El problema de "ser o parecer" siguió en pie. Epicteto reprochó todo sacrificio de la sinceridad a las apariencias y antepuso la dignidad a la estimación ajena; no negó a ésta, sin embargo, todo valor, y más tarde Cicerón procuró buscar el punto de coincidencia entre la dignidad y la estimación.

Los primitivos cristianos fueron partidarios de la sinceridad contra el fraude; pero desde que su iglesia creció en poderío y se convirtió en partido internacional, su ética fué corrompida por la política y practicó el fraude con más refinamiento que el mundo pagano. En cien pasajes lo dice Dante. Después de entonces, hasta hoy, fueron celebrados los que embisten la incauta candidez del hombre sincero, los enredistas y los muñidores, los fingidos y los triscadores, los dolosos y los embelecadores, todos bienquistos por la hipocresía social.

La progenie de Ulises tuvo su tratadista en Maquiavelo, cuya principal originalidad consistió en decir francamente lo que todos los políticos pensaban en secreto. "Cada uno comprende cuán loable es, en un príncipe, guardar la fe, obrar sinceramente, y no con fraude; pero la experiencia de nuestro tiempo nos muestra que sólo hicieron grandes cosas los príncipes que han hecho poco caso de su palabra, que han sabido engañar hábilmente a los otros, y que, al fin, han sabido vencer a los que habían confiado en su lealtad".

... "Podría dar mil ejemplos modernos y mostrar cuantos tratados de paz, cuantas promesas, han sido anuladas y burladas por la infidelidad de los príncipes, siendo mayor el éxito de los que mejor han imitado al zorro. Pero es necesario saber jugar su rol; es necesario ser hábil para fingir y para disimular, pues los hombres son tan simples y tan acostumbrados a obedecer a las circunstancias, que el engañador encontrará siempre alguien a quien engañar"... "De todos los ejemplos recientes, no quiero olvidar uno. Alejandro VI no hizo más que engañar a los hombres: nunca pensó otra cosa y siempre halló ocasión de practicarlo; ningún otro hombre ha sabido prometer con más aplomo, ni ha hecho más juramentos sin mantener ninguno, y sin embargo el fraude siempre le dió resultado, porque conocía muy bien a sus gentes"... "Un príncipe no necesita, pues, poseer todas las cualidades que he indicado, pero debe aparentar tenerlas. Casi agregaría que es peligroso tener esas cualidades y usarlas, pero que siempre es útil fingirlas; es así que el príncipe debe parecer clemente, fiel, humanitario, religioso y recto, pero debe ser bastante dueño de sí para hacer todo lo contrario cuando ello le convenga" (*El Príncipe*, Cap. XVIII).

Con menos desvergüenza se pronuncia al respecto Francis Bacon en su breve ensayo sobre la simulación y la disimulación (*Essays or counsels*, VI). Cree que la astucia es útil para ocultar las propias intenciones y defenderse de las ajenas. Tres maneras de engaño le parecen lícitas al político: la estricta reserva o el prudente secreto, la disimulación pasiva de sus móviles y,

la simulación activa de fines que en realidad no se propone. Es un maquiavelismo bastardo, un tanto rebajado en homenaje a las exigencias de la moral. Y no lo oculta en su conclusión: "The best composition and temperature is to have openness in fame and opinion; secrecy in habit; dissimulation in seasonable use; and a power to feign if there be no remedy".

Política y farsa resultan inseparables; con descaro o con prudencia, Maquiavelo y Bacon opinan lo mismo. Para ellos el fraude — no la astucia inocente o defensiva — es una virtud del hombre político; la sinceridad y la lealtad les parecen dos formas de tontería, o poco menos. Admiran al hombre de dos caras que detestaba Galileo: "Io non sfuggo gli uomini rotondi come le palle, ne quadrati come i dadi, ma quelli che son fatti come i tamburi, che guardati per un verso paion tondi, e per l'altro quadri" (*Op.*, VI, 153). Son dos criterios distintos, como se vé: práctico el uno y moral el otro. Montesquieu los señalaba agudamente, censurando la falsedad de carácter reinante en su medio social y proscribiéndola del país imaginario: "Chez nous les caractères sont tous uniformes, parce qu'ils sont forcés; on ne voit point les gens tels qu'ils sont, mais tels qu'on les oblige d'être; dans cette servitude du cœur et de l'esprit on n'entend parler que la crainte, qui n'a qu'un langage, et non pas la nature, qui s'exprime si différemment et qui paraît sous tant de formes."

"La dissimulation, cet art parmi nous si pratiqué et si nécessaire, est ici inconnue: tout parle, tout se voit, tout s'entend; le cœur se montre comme le visage; dans les mœurs, dans la vertu, dans le vice meme, on aperçoit toujours quelque chose de naïf" (*Lettres Persanes*, Libro XIII).

Huelgan más citas. ¿Pueden los moralistas aceptar que los hombres nunca sabrán vivir juntos sin engañarse? Admitir ese pronóstico sería renunciar a todo ideal moral. Enseña la experiencia que la estimación recíproca de los méritos engendra la simpatía; el respeto de los derechos ajenos, la justicia; la convergencia de todos los intereses, la solidaridad. ¿Y para qué servirá

llenar un país de escuelas si ellas no desarrollaran en los hombres esos nuevos sentimientos que les permitan mancomunar sus esfuerzos para aumentar lealmente la simpatía, la justicia y la solidaridad, restando siempre más al odio, sumando siempre más al amor? Enséñese a odiar el fraude en la vida política, en las relaciones económicas, en el trato mundano, es la intimidación del hogar; y enséñese también a aborrecer la hipocresía y a no necesitar de confesionario. ¿No serían mejores hombres los que desde niños aprendieran a sonrojarse de una mentira o de un engaño?

\* \* \*

Frente a las encubiertas inmoralidades que nos rodean, el ideal moral debe orientarse hacia su extinción progresiva. ¡Veracidad en la palabra! ¡Sinceridad en la conducta! No decir mentiras, ni hacerlas; porque la falsía del carácter es peor que mentir, importa una mayor ofensa a la verdad misma. La sinceridad verdadera es la que refleja el pensamiento en las acciones, la que subordina la vida a una constante lealtad para consigo mismo, y no la que suele fingirse para atraer la confianza de los demás.

Virtud peligrosa, pretenden muchos. ¿Peligrosa? Para quien la practica, tal vez; para la sociedad es siempre benéfica. Un hombre sincero hace más bien que mil hipócritas, aunque éstos no se lo agradezcan. Y es tan común el hábito de la falsedad, tanto el apego a la mentira enguantada, que ciertas ingenuas sinceridades producen un efecto inesperado y dan escándalo. La manera infalible de asombrar a los que viven de engaños es decirles una verdad, sencillamente, serenamente.

La verdad tiene un valor moral; las creencias y los actos son tanto más morales cuanto más verdad contienen. Una sociedad que obliga a vivir engañando, es inferior, primitiva; es una tertulia de enemigos embobados, dispuestos a beneficiarse de toda injusticia y a abusar de toda confianza ajena.

Digan los pesimistas que los hombres vivirán eternamente del fraude; digan que es imposible asociarse lealmente para vivir todos mejor; digan que la expansión incesante de la verdad no hará más sinceros ni felices a los hombres del porvenir. Díganlo, hombres vacíos de fe y repletos de superstición.

Los optimistas creemos en la posibilidad de un porvenir mejor; creemos que la solidaridad y la justicia pueden elevar el nivel moral de los hombres; creemos que la moralidad humana es infinitamente perfectible; y creemos, por todo eso, que la moral del fraude irá cediendo su primacía a la moral de la sinceridad.

Partiendo de esas creencias conviene elaborar los ideales éticos del porvenir; y hacia éstos, en un constante esfuerzo de perfección, podemos orientar nuestra conducta y modelar nuestra personalidad. Ulises no será un arquetipo para los que se aparten de la moral del fraude; podrán perdonársele sus vergonzosas artimañas en homenaje a sus virtudes efectivas, pero no podrá llamársele "divino" ni servirá de ejemplo. Una moral cimentada por la verdad parecerá cada vez más digna a los hombres que asciendan por el sendero interminable de la virtud; fuertes, leales, sinceros — como Aquiles, — marcharán por él sin la doble muleta del fraude y de la mentira; y nunca, andando, desfallecerá su fe ni los acosará el remordimiento. La más alta aspiración de los caracteres dignos será poner su ideal en el punto imaginario donde una clara razón ilumine la prártila del bien: la Virtud sin sombras y la Verdad sin velos, hermanadas en la más serena Sabiduría.

## LECTURAS Y OPINIONES

*Un camino en la selva.* — Nuevas poesías de Ernesto Mario Barreda. Edición de la revista *Nosotros*, Buenos Aires, 1916.

Aunque desde la edición de este libro de Barreda han transcurrido ya más de dos años hemos de dar noticia de él por haberlo recibido recientemente dándonos así ocasión de releerlo cómo en una segunda edición.

Guyau afirmaba que no se puede juzgar una obra independientemente del hombre que la ha escrito, y tenía razón. Quién conozca la vida íntima de Barreda, no dudará de la sinceridad de los versos de éste su último libro. Releyéndolo hemos recordado aquellos otros de "La canción de un hombre que pasa", (1911):

Del huerto y la canción frutos lozanos  
Haré brotar, para que duramente  
No me reproche el sueño de mi frente,  
Ni me avergüence de mirar mis manos.

Y pues la vida su verdad nos dijo  
Con el amor de nuestros corazones  
Celebraremos sus propicios dones:  
En un libro, en un árbol, y en un hijo!

Y Barreda ha cumplido estos propósitos realizando una labor silenciosa y meritoria, labor de aliento y de vigor que dedica a la bien amada que ha sabido inspirarla, con palabras conmovedoras: A tí dedico este libro, — dice — No te nombro. Pero tú sabes que no puede ser otra.

*La Voz del Canillita.* — Bajo la dirección de los señores Daniel de Rosa y David Suárez, apareció el primer número de este periódico mensual órgano de la Federación de vendedores de diarios.

Trae, entre otros, artículos inéditos que firman: José Ingenieros, Mario Bravo, Ricardo Rojas, Vicente Martínez Cuitiño, Enrique García Velloso, L. Vigil, Julio Cruz Ghio y muchas prosas cortas muy bien escogidas.

*Israel* (Mundo Hebraico Argentino). — El número 32 de esta revista mensual órgano de los israelitas latinos de la Argentina, trae un selecto material de lectura referente a la acción cultural que realizan los hebreos en el mundo.

*Hebe*. — Año I, núm. 6. Revista mensual de arte y literatura, dirigida por Ernesto Morales y D. Novillo Quiroga. Entrega dedicada a ofrecer un haz de escogidos cuentos, de escritores rusos e israelitas.

*Myriam*. — El núm. 28 de esta revista ilustrada trae abundante material gráfico y literario.

## OTRAS PUBLICACIONES

*Dogma de Mayo*. — Año I, núms. 1 y 2.

*Juvenilla*, (La Plata). — Año I, núm. 6.

*La Capital*, diario informativo de Mar del Plata.

*Boletín* de la Protectora de Niños, Pájaros y Plantas. — Año VI, núm. 27.

*La Actualidad*. (Buenos Aires). — Número extraordinario. — Enero de 1919.

*Mutual*. — Revista Gremial. — Año I, núm. 1.

*La Montaña*, Córdoba. — Año I, núm. 2.

## ALGUNAS OPINIONES

### ACERCA DEL PRESENTE NUMERO

*La moral de Ulises* por José Ingenieros. Ediciones Selectas "América", cuadernos mensuales de Letras y Ciencias, N.º 2.

Bajo la dirección de don Samuel Glusberg, ha comenzado a publicarse en esta capital, unos pequeños cuadernos que llevan por títulos *Ediciones Selectas América* y se proponen contribuir a difundir el pensamiento y el arte del continente, dando a luz todos los meses una monografía o ensayo o colección de artículos o de versos de algún escritor americano. En el primer cuaderno apareció un *Florilegio* de Amado Nervo; el segundo trae una monografía de José Ingenieros, titulada *La moral de Ulises*. Como todos los ensayos menores del conocido pensador y escritor argentino, éste es de interesante y entretenida lectura. Trata en él el autor de *El hombre mediocre* un asunto en que su destreza de psicólogo y afanes de moralista hallan una vez más ocasión propicia para manifestarse con lucimiento. *La moral de Ulises*

es la simulación al engaño, el fraude... El héroe homérico es tomado en este ensayo como tipo representativo de todos cuantos "acostumbran vivir de la mentira, de la hipocresía, de la simulación: del fraude en sus mil formas"; inmensa cohorte de caracteres falsos que son su prole. Como tal, como inmoral maestro de mendacidad, lo estudia Ingenieros en los poemas homéricos y a la luz de los trágicos y moralistas griegos, destacando hábilmente sus rasgos indignos y dejando en la sombra, fuerza es reconocerlo, aquellos que tanta admiración y simpatía le han ganado justicieramente al lujo de Laertes. En un capítulo final rotulado "Del fraude a la sinceridad" anota Ingenieros sobriamente sus conclusiones morales, y en él, con fe optimista afirma la posibilidad de un porvenir mejor que la solidaridad y la justicia pueden elevar el nivel moral de los hombres; que la moral humana es perfectamente perfectible, y que la moral del fraude irá cediendo su primacía a la moral de la sinceridad.

*Nosotros.*

*La moral de Ulises.* — Este es el título de un trabajo en prosa — notable como los suyos — que a José Ingenieros le acaba de editar "América", publicación que promete hacer un valioso esfuerzo en favor de la cultura hispano-americana. El primer cuaderno tenía los más selectos versos de Amado Nervo, que será en marzo nuestro huésped. El público dispuso tan entusiasta acogida a las "Ediciones Selectas América", que el número quedó agotado en pocos días. Si el mérito espiritual de "Florilegio" era grande, el valor filosófico de "La moral de Ulises" no le va en zaga. Hemos leído los valientes meditados capítulos de Ingenieros subrayando con un lápiz lo más sagaz que en estas elegantes — tipográficamente elegantes — páginas de "América" encontrábamos. Al final, hemos advertido, con asombro, que estaba marcado por notable, casi todo el contenido de la obrita que Ingenieros firma. Ardua es la tarea que el señor Samuel Glusberg se ha impuesto con su oportuna publicación. Hasta ahora, el público y la crítica han respondido a su celo. Se nos prometen cuadernos de Almafuerte, J. V. González, Fernández Morano, A. Donoso, Carlos Octavio Bunge, Enrique Banch, nuestro llorado Rodó... "América" advierte que no es, bajo ningún concepto, una empresa comercial.

*La Razón*  
De Montevideo.

*Bibliografía.* — Llega hasta nuestra mesa el número 2 de las Ediciones Selectas "América" y que lo constituye una vibrante

como profunda prosa del sabio doctor Ingenieros, titulada: "La moral de Ulises".

Impregnar el espíritu con su lectura, experimentar la regocijante emulación de un puñado de verdades expresadas fina, delicada, serenamente; sentirse más fuerte, como si un acariciar inusitado se apoderara de nuestro espíritu son sensaciones que se experimentan al estudiar estas páginas.

"Frente a las incubiertas inmoralidades que nos rodean, dice el doctor Ingenieros, el ideal moral debe orientarse hacia su extinción progresiva. ¡Veracidad en la palabra! ¡Sinceridad en la conducta! No decir mentiras, ni hacerlas; porque la falsía del carácter es peor que mentir, importa una mayor ofensa a la verdad misma. La sinceridad verdadera es la que refleja el pensamiento en las acciones, la que subordina la vida a una constante lealtad para consigo mismo, y no la que suele finjirse para atraer la confianza de los demás."

Queremos algo más contundente y absoluto; algo más preciso que como un imperativo, irrenunciable nos señala una ruta definida y clara para encaminar nuestra moral?

Una vez más el doctor Ingenieros levanta su diestra para castigar amorales y fortificar espíritus con el fino estilete de su prosa.

*La Montaña,*  
Córdoba.

*La moral de Ulises.* — En el segundo cuaderno, recientemente aparecido, Ediciones Selectas "América", presenta un trabajo especial del doctor José Ingenieros intitulado "La moral de Ulises".

Viene la edición impresa con la misma corrección que el cuaderno anterior y presentada con el mismo lujo, y además de los datos biográficos del autor con que se inicia la publicación, ofrece el retrato del señor Ingenieros y un pensamiento autógrafa.

"La moral de Ulises" es un notable trabajo de efectivo valor filosófico, donde el autor, como en muchas otras de sus obras, hace verdaderas proezas con su indiscutible penetración psicológica.

Como complemento de estas líneas transcribimos el último capítulo de "La moral de Ulises":

*La Opinión,*  
Avellaneda.



Talleres Gráficos A. Ferriol, Montevideo 180 - Bs. As.